

tha Christie) ni groseros (a lo sumo, pulidamente mal educados, que no es lo mismo). Sus policías actúan siempre siguiendo las reglas del juego: piden colaboración, pero no exigen obediencia a gritos. Estas fallas capitales de dirección atenúan en alto grado la eficacia de la obra, al desvirtuar el clima en que se desarrolla. Tan manifiesto es este error que el personaje de Parravicini, un italiano afectado y farsesco que introduce Agatha Christie como elemento de contraste, pasa casi desapercibido en medio de la algarabía general.

Pero si bien ha errado en la composición de los personajes, ha conseguido mantener un ritmo ágil y un desplazamiento eficaz. Eso basta para salvar la obra y ofrecer un espectáculo llevadero.

El elenco es parejo. La deficiente marcación impide valorar con exactitud los

méritos de cada uno, porque algunos fueron más castigados que otros. Aldo Bigatti, como Parravicini, está bien. Otro tanto puede decirse de Patricia Parry en Molly y de Enzo Bellomo en el difícil papel de Christopher. Mario de Rosa (Mayor Metcalf) desenvuelto, aunque con escasas inflexiones de voz. Discreto Horacio Caffaro (Gil). Alita Román (Srta. Boyle), Margarita Corona (Srta. Caswell) y Horacio Nicolai (Sargento Trotter) vieron malograda su actuación por la deficiencia más arriba apuntada.

Muy agradable y adecuada la ambientación de Luis Diego Pedreira.

Resumiendo: la pieza es entretenida e intrigante, aunque no durará lo que en Londres. En cuanto al asesino, no se devane los sesos tratando de identificarlo, porque será inútil. Es ése. Sí. ése. El único que Ud. había eliminado de su lista. ♦

arte

messil - santander - paez

● HORACIO JUAN SAFONS

EN la Galería Arthea, Charcas 961, Capital, Gabriel Messil, María Cristina Santander y Roberto Paéz, presentan una muestra de grabados, que señalan una línea de disciplina que les permite estar correctamente ubicados para contribuir a la transformación del fenómeno artístico.

Sus trabajos no me interesan tanto por ser aciertos expresivos, manifestados en un lenguaje actual, como significaciones de clara actitud espiritual, amplia y lista a un alto vuelo de quehaceres, de búsquedas y de riesgos, que ayudarán al descubrimiento, siempre presente y todavía ausente del panorama artístico, al descubrimiento de la fisonomía estructural del arte de nuestro tiempo.

Trato de decir, más o menos, esto.

Dentro de un análisis sujeto a las premisas ya establecidas para el trabajo de un crítico de artes visuales, mi conclusión y mi ofrecimiento a los lectores, tendría esta contextura:

Messil, Santander y Paéz mediante una técnica dominada y una expresión clara y de alto vuelo, logran trabajos de una sólida fuerza estructural. Técnica dominada, porque la gubia punza con precisión y la línea, el vacío, nacen sin vacilaciones, exactos y seguros, porque los valores se contrastan y se distribuyen limpiamente, sin entintados deficientes o arreglos salvadores. Expresión clara, consecuencia inmediata de la limpieza de la técnica y del sincero impulso que anima la construcción de estas obras. De alto vuelo, porque no es el conocimiento

simple de actos y situaciones, sino experiencias vividas, aprendidas y mastizadas con el ser, que no vienen a cotejar valores, sino a tomar de cada uno de ellos la parte que constituye la esencia del diálogo humano.

Messil, dentro de un registro expresionista (familiar a Daumier y Toulouse Lautrec, aunque no emparentado), demuestra una aguda observación crítica, no panfletaria, como decimos, un acuse de cosa vivida (quizás actos marginales a la experiencia estrictamente amorosa) que ha dejado un sedimento positivo. Deja el sentimiento desprovisto de adornos innecesarios, para que el espectador lo valore, lo convierta de acuerdo con su sentir. Placer, cansancio, gesto sin destino, eso está ahí simplemente y es así sin nada más que aquello que pueda y quiera agregarle el espectador. Una constante expresiva, resuelta dentro de clases altas, como en contrapunto con el tema, como ayudando con un poco de luz a despejar cualquier exceso que borde el drama.

Hay como una sacudida nerviosa, rigurosamente controlada, en el paso de la gubia que maneja Messil y si bien en algunos trabajos, hubiera sido necesario acentuar el contraste de valores, para dar mayor relevancia a la imagen, es evidente que ello traería aparejado la pérdida de la atmósfera general, de la prescindencia evidente de los temas.

Santander, con una fuerza simbólica notable, provista de elementos de una agudeza de definición más que interesante, que nos hablan de hechos y cosas que se resuelven no aquí, ni ahora, sino quien sabe donde y cuándo, despersonaliza sus imágenes, no les da un contenido inmediato (aproximación a Matisse), pero nos domina con una precisa ubicación del tiempo y nos plantea todas las confusiones, recuerdos, misterios y maravillas del mundo infantil, pero no el mundo infantil grotescamente interpretado o recordado por un adulto pleno de prejuicios, no el mundo infantil en función de configuraciones simpáticas, anécdotas emotivas, sino el panorama

del hombre tomado en el tiempo de la niñez, como dijimos, despersonalizado, para que esa imagen, referencia vital, sacudida, nos recuerde la fuente, el origen... Ordena los elementos plásticos dentro de una estructura lógica, mejor sería decir, intelectual, que es rota con gracia y sugestión por un plano, por una figuración virtual, por semejanzas, que ponen el paréntesis del imprevisto, de una pequeña rebelión en sordina. Casi dentro de una concepción planimétrica al estilo de los fauves y al gran estilo de Matisse, Santander parece transcender el marco, necesitar más grandes y anchos espacios.

Paéz hace alarde de riqueza formal, aunque anula a veces con datos anecdóticos o representativos, la fuerza y la abundancia de sus formas. Con clave de valor baja hace la luz del negro. Este se adhiere a la forma como el grito a la boca indignada. Paéz no utiliza el contraste como medio expresivo inmediato, hay una concepción pictórica en sus composiciones (en el sentido estricto que nos habla Wölflin) pese la fuerza de la línea y la importancia de los volúmenes. Sus trabajos tienen absoluta precisión idiomática y la solidez de sus sugerencias son más ricas en conquistas, que cualquier frase terminada. La línea se desprende del negro, avanza, nos da el tema y la clave, pero dentro de la atmósfera grandilocuente (en el buen sentido del término), mayestática, casi trágica del negro y no del plano negro, sino de la atmósfera, porque hay precisamente una atmósfera de negro (ahí lo de pictórico) hay masas de negro. Hay también algo muy interesante en Paéz, algunos trabajos parecen presentar imágenes casi en rebatimiento (indudablemente es sugerencia) y hemos pensado el rico campo que se le ofrece para seguir el desarrollo de sus temas.

Bien, pero esto no es lo importante. Es decir, no es esto, simplemente así, lo importante. Es esto más la incógnita, más el más. Es la solidez de las cosas, del lenguaje y su consecuencia. Como si Messil, Santander y Paéz estuvieran

colocados en una rampa de lanzamiento, con un inmejorable equipo de medios para transponer el umbral expresivo actual, porque el de ellos es también un camino. Dentro de una concepción tradicional del grabado y en función de imágenes precisas y rebeldes, pueden convertirlas y desarrollarlas a un grado de creación y originalidad absolutas. También por este camino.

Si Messil capta su registro de observación y lo libera, lo arriesga en audaces inversiones de sus elementos clásicos. Si Santander toma con precaución aséptica la esencia de sus espacios vivientes y la extraordinaria monumentalidad de sus configuraciones y las depura en una disciplina vorágine de búsquedas que rompan el esquema tradicional y si Paéz eleva a una potencia de energía, que supere la contenida en la tensión, en el movimiento de crecimiento y expansión que viven en sus formas y las extiende más allá del límite del cuadro, tendremos el placer de reconocer un paso más de adelanto, similar al del Grupo de Recherche, aunque en otra dimensión, que oriente hacia la nueva relación artística.

Qué importante, qué necesario se hace encontrar obras y gentes como Messil, Santander y Paéz, como el Grupo de Recherche, para escapar al simple show-objeto, al número vivo impuesto por la ley de los "originosos" (mezcla de

fracasadas sesiones de psiquiatría, con los raticulos del negocio de nuestros primeros padres, más una desbordante seguridad en el azar de los pinceles, las gubias, la arpillera), del ¡Ah! y del ¡Oh! y cuanto vamos a chocar, a equivocarnos, antes de encontrar cada uno en su esfera, la abertura que nos lleve a la fisconomía altiva del arte, no mito, no sensación, no negocio, sino en escala humana, más universo, más conciencia, más Creador.

Pero faltan palabras, a fuerza de estropear el lenguaje, faltan palabras. El paupérrimo arsenal de independencia, debe emprender la aventura de asumir la luz del arte con todas las limitaciones características, pero también con toda la pasión de los conquistadores.

La crítica rosada, que a fuerza de suponerse vanguardista se convirtió en marciana, pendula entre varias recetas y va perdiendo cada vez más la proximidad con el cohete recién lanzado, téngase bien en cuenta, recién lanzado, del arte. Trato de escapar a los preconceptos, de ponerme a la par. Trabajos como los de Messil, Santander y Paéz ayudan, aunque en realidad no haya dicho nada de lo que quiero decir y como lo quiero decir, aunque en realidad esos trabajos estén a innumerables años luz de la obra de arte que se avecina, pero tener conciencia de todo esto, es sin duda, gran adelanto.

música

últimos ecos de la temporada en el teatro colón

● CARLOS PEMBERTON

LA temporada musical ha terminado. Quedan resonando aún los ecos de los últimos espectáculos y el recuerdo de extraordinarias interpretaciones. En una temporada operística que contó con elementos de primer orden

como Régine Crespin, Renata Scottò, Leyla Gencer, o —a pesar de verse algo disminuida— Victoria de los Angeles, y Cornell MacNeill, Giuseppe Taddei, Jerome Hines, Guy Chauvet, Robert Massard, o Flaviano Labbó entre los hom-